

IMPRESIONES DE LAS BIBLIOTECAS EN LOS ESTADOS UNIDOS

Por JAIME BARRERA B.

En verdad os digo, que para hablar sobre un tema como el que me ha sido confiado, y para hacer una conferencia digna de este ciclo anexo al Curso de Bibliotecarios, con tan buen acierto organizado y con tanto brillo cumplido, soy el menos indicado. En realidad el tema dice: "Las Bibliotecas en los Estados Unidos", y sobre él estoy tan ayuno de datos y conocimientos como puede estarlo aquel que no ha visto nunca esas Bibliotecas.

Tal vez digo mal. He visto algunas Bibliotecas de los Estados Unidos de Norte América. Pero no las he mirado. No he tenido tiempo para mirarlas. **Ver** es función mecánica para la que se requiere solamente tener los ojos abiertos. **Mirar** ya supone algunas cosas más. Es penetrar, comprender, analizar, estudiar. Se mira con los ojos del espíritu. Se ve con los ojos del cuerpo. Para mirar se necesita tiempo. Para ver no se necesita sino tener abiertos los ojos.

El viaje que hace un año realicé a los Estados Unidos fué un viaje para ver. Para dejar pasar los ojos sobre multitud de cosas, de hechos, de realidades o de proyectos. Sobre la mayor cantidad de ellos que fué posible. Era un viaje organizado por organismos oficiales y semioficiales de los Estados Unidos como parte de un plan de propaganda y de exhibición de esfuerzos, destinado sobre todo a los periodistas sudamericanos. A otras personas, a estudiantes

por ejemplo, les llevan a estudiar; a vivir meses o años en las Universidades y Colegios, en los que aprisionarán conocimientos nuevos, técnicas modernas, sistemas eficaces. A los periodistas, hombres del comentario rápido y fugaz, empeñados también en la lucha antitotalitaria, nos llevaron para otra cosa.

Para ver las fábricas en que se construyen los aviones, las escuelas en que se adiestran los aviadores, los astilleros en que se arman buques, los talleres en que se forman los tanques, los fuertes de campaña en que se endurecen los soldados, los hospitales en que se curan los heridos. La guerra es la preocupación fundamental de este momento en los Estados Unidos. A ella se dirigen las energías de gobernantes y gobernados y por ella se trabaja, se sufre, se sacrifica y se doblan los esfuerzos en todo el enorme territorio de la Unión.

Para ver todo eso nos llevaron a los periodistas. Y los programas de visitas en seis semanas sólo excepcionalmente destinaron breves momentos para el conocimiento de una Universidad, de un Colegio, de un Museo. Que fueron la Universidad de Berkeley en San Francisco, el Colegio Mills para señoritas en Oakland y la Galería Nacional en Washington. Al margen de ese programa, cada uno de nosotros se esforzó por conocer otras cosas. Y así pude ir yo a la ciudad universitaria de Ann Arbor, al Museo de Ciencias, al Parque Zoológico, a la Biblioteca Pública, al Planetario de Nueva York, y pude ver por fuera el Planetario y el Acuario de Chicago.

Como se ve, un viaje de esta naturaleza apenas permite al individuo conocer aquella maravilla de la cultura que es la organización bibliotecaria de los Estados Unidos. Y menos le permite hablar, en una conferencia, de las Bibliotecas Norteamericanas.

Comprendiendo esto, seguramente, el tema que me ha sido concedido en este ciclo habla de "Impresiones de las Bibliotecas en los Estados Unidos". Impresiones, huellas superficiales, dejadas en mi entendimiento por aquellas visitas, un poco apresuradas y clandestinas. Lo que me fué dable ver sin estudio. Lo que buenamente entró a la retina durante un paseo por galerías, depósitos, salas, alternando la contemplación de un departamento con la mirada angustiada al reloj.

En esa forma, ví solamente dos bibliotecas: la universitaria de Berkeley y la Biblioteca Pública de Nueva York. En la capital del Canadá, ví también la Biblioteca del Parlamento. Desgraciadamente para mí, fué imposible visitar la Biblioteca del Congreso en Washington, que es como el modelo continental —y algo legendario ya— de instituciones de esta clase.

A esta documentación escasa váis a permitirme que añada otras observaciones, propias y ajenas, que darán una mejor visión de lo que son las Bibliotecas en los Estados Unidos. En primer lugar, el concepto que se tiene de ellas.

No hubo ciudad o población de importancia por la que yo pasara —y pasé por muchísimas, seguramente más de las que conozco en el Ecuador— que no exhibiera por alguna parte uno o más rótulos indicadores de **Public Library**, Biblioteca Pública. Otro hecho: las grandes revistas norteamericanas de Arquitectura publican, casi en todos los números, estudios sobre planificación de ciudades nuevas o de ordenación sistemática de ciudades ya existentes (exactamente lo mismo, aquella urbanización por la cual peleamos, discutimos y nos alborotamos aquí, gente de conceptos anárquicos e indisciplinados). No hay esquema, no hay plan, para ciudades viejas o nuevas, que no consulte el lugar para la escuela y el lugar para la Biblioteca Pública.

La Biblioteca Pública, pues, en los Estados Unidos, tiene una importancia igual si no mayor, que la escuela y la iglesia. Si nuestra preocupación primaria, en el Ecuador, al tratarse de nuevas poblaciones, es la iglesia, centro absorbente de todas ellas, en Estados Unidos son la escuela y la Biblioteca. Ya en los tiempos de Lincoln la frase: "Dejad saber al pueblo y habréis asegurado la vida de la Nación", tuvo extraordinaria resonancia. Y se puede afirmar que ese concepto ha regido la vida de todas las colectividades norteamericanas.

Porque son ellas, las colectividades, las que se interesan, en el primer momento, por tener su biblioteca. El hombre de pueblo americano ha descubierto que en la Biblioteca tiene su mejor hogar y su más poderoso auxilio. Como aquel telegrafista pobre que acudió a una Biblioteca en busca de información científica para algún problema que no podía resolver, y tan buena le encontró, y tan eficaz, que se prometió mentalmente ayudar en todo lo posible a las

bibliotecas si llegaba a tener fortuna. Más tarde, ese hombre regalaba centenares de millones de dólares para la fundación de Bibliotecas: era Andrew Carnegie.

Los pueblos discuten, presionan, trabajan para obtener bibliotecas. Y las obtienen por colecta pública, por donación de algún afortunado, por empeños municipales, estatales o federales. Pero las obtienen de todas maneras. Y se enorgullecen de ellas. Y van a ellas, y estudian en ellas. Las Bibliotecas Públicas de los Estados Unidos no son solamente sitios a los que concurren los eruditos o los estudiantes, como entre nosotros. Va el obrero, el empresario, el capitalista, la muchacha estenógrafa, el vendedor de periódicos. Va todo el mundo, porque todo el mundo tiene ambiciones, porque todos quieren progresar, escalar peldaños, por fuerza de méritos y de conocimientos. Y el caso de Carnegie no es único en los Estados Unidos.

Este es el concepto que la gente tiene de las Bibliotecas en ese país. Ahora, veamos el concepto que las Bibliotecas tienen de sí mismas. Formada una Biblioteca, se la entrega a una o más personas que tengan conocimientos suficientes para realizar un buen servicio. La noción de servicio eficiente es una de las nociones básicas en la vida del pueblo norteamericano. Para un ecuatoriano, acostumbrado al trato y maltrato de empleados públicos y particulares encastillados en su importancia y altaneros por temperamento, es motivo de extraordinario asombro el concepto de buen servicio que tienen allí todos, en oficinas, almacenes, bibliotecas, taxis, etc.

El empleado de Biblioteca tiene que ser capaz, plenamente capaz, para servir al público y para manejar los libros. El libro es una entidad compleja, a la que hay que entender, fichar, clasificar, dar categorías, cuidar. El lector es también, para el empleado de Biblioteca, una entidad más compleja aún, a la que hay que servir, ayudar, guiar o simplemente satisfacer. El empleado, por eso, tiene que estar técnicamente preparado para el trato con los libros y con los lectores. No se pone de maestro en una escuela —me dijeron allá—, sino a los que están preparados para enseñar; por lo mismo, no se lleva a las Bibliotecas sino a las personas que saben del manejo de los libros y del servicio a la colectividad.

Las Bibliotecas son muy ricas en Estados Unidos. Sus rentas, provenientes de donaciones particulares, de impuestos, de asignaciones presupuestarias, les permiten enriquecerse continuamente. Sus edificios son especialmente construídos; sus instalaciones son hechas con esmero. A través de varios pisos, he recorrido galerías enormes de estantes de acero en cuyos anaqueles repletos reposaban los libros cuidadosamente clasificados.

La clasificación de los libros y su catalogación han adquirido caracteres de verdadera ciencia en los Estados Unidos. Hay que hacer cursos de varios años para graduarse en esa ciencia. Y hay que tener el certificado de estudios no sólo para tener derecho a un empleo de Biblioteca, sino también para aspirar a uno de esos empleos.

El libro está técnicamente cuidado; el empleado está técnicamente capacitado; el lector está técnicamente servido. En todas esas bibliotecas, sin ayuda alguna, pude acercarme al catálogo y encontrar lo que buscaba. La Biblioteca se esfuerza por dar comodidad y el mayor rendimiento posible al lector. Sistemas rápidos de entregas de entregas de libros; mesas cómodas de lectura; provisión de los útiles necesarios para el estudio, como papel, plumas, lápices. Y mucha luz en esas salas. Amplios ventanales por donde entra la luz a torrentes, lámparas de luz blanca, que no hieren los ojos, en las mesas. Y finalmente, quietud y silencio.

Las Bibliotecas, en su esfuerzo no se limitan solamente a proporcionar el libro que pide el lector. Cada día se enriquecen con aparatos o instalaciones diversos que contribuyen a facilitar la lectura o adquisición del material necesario. Pantallas especiales para leer periódicos proyectados; cámaras para obtener rápidamente copias fotográficas que puede adquirir el particular a bajo precio. Salas reservadas especiales en donde puede instalar un verdadero estudio aquel que tiene que hacer largas y complejas investigaciones.

Tampoco se limita la Biblioteca a abrir sus puertas y esperar la llegada de lectores. Sale a buscarlos. Establece sucursales en los diferentes barrios de la ciudad, a los que lleva los libros que más pueden interesarles. Ciudades enormes, de millones de habitantes, se han clasificado intuitivamente en zonas diversas por el origen étnico de sus

habitantes. Nueva York tiene barrios italianos, alemanes, chinos, negros, de muchas nacionalidades. A cada uno de ellos, la Biblioteca Pública de Nueva York ha llevado sucursales —que se cuentan por centenares, con los libros que mayor demanda pueden tener. Y cada sucursal funciona tan perfectamente como la casa matriz.

La Biblioteca Pública es uno de los elementos imprescindibles dentro del paisaje espiritual de los Estados Unidos. Habíamos estado acostumbrados a considerar a ese país como el centro mundial del maquinismo, de la industrialización, y a reprocharle su falta de vida espiritual, de preocupación por las cosas de la inteligencia. Así lo vió también Duhamel cuando en sus "Escenas de la vida futura" habló con sorna de los mataderos de Chicago y de los rascacielos de innumerables pisos. Pero ya tuvo diferente manera de verlo André Maurois —y así lo observé en una charla habida en Washington—, pues en su sencillo diario de dos años en los Estados Unidos, se manifiesta sorprendido por el anhelo de aprender, de comprender y de estudiar que encontró por todas partes.

Grandes y buenas Bibliotecas; grandes y magníficos museos; salas de conciertos; producción literaria de verdadera calidad; investigación científica incesante; actividad en laboratorios y gabinetes; todo ello constituye una modalidad de la vida norteamericana, tal vez la más notable, y seguramente la más valiosa.

Habíamos estado acostumbrados a considerar a ese país como el país del deporte exclusivamente. Deporte en los estadios, deporte en las relaciones internacionales, concepto deportivo en la construcción de rascacielos, concepto deportivo en las actividades de Wall Street. Pero al lado de cada estadio universitario se levanta la Biblioteca universitaria; y si a aquel van centenares de miles de personas una a dos veces al mes, a ésta vienen miles de lectores cada día. Y los hombres formados en el campo deportivo y en las salas de la Biblioteca han llegado a ser, siempre, los rectores de la vida pública de Estados Unidos. Y son ahora los que mueren cumpliendo su deber en defender la democracia.

Y es que en el campo deportivo y en la Biblioteca están dos raíces del concepto democrático de la civilización. En el campo deportivo donde los equipos se forman sin preferencias ni privilegios, atendiendo solamente al mérito in-

dividual; y en las Bibliotecas, cuyas puertas están abiertas a todos por igual y cuyos libros están al alcance de todos los hombres, sin distinción de rango social.

No se puede asegurar cuál ha generado a cuál: si la Biblioteca ha producido la democracia o ésta a la Biblioteca en los Estados Unidos. Pero lo que sí se puede afirmar es que el grado de progreso que han alcanzado allá esas instituciones, responde perfectamente al concepto de convivencia libre que reina en ese pueblo. Convivencia libre que lleva a servir de la mejor manera, y a permitir a todos llegar hasta las fuentes formativas de la cultura.

He manifestado ya, que visité solamente dos Bibliotecas en Estados Unidos. La primera fué la de la Universidad de Berkeley, durante mi permanencia en San Francisco. Una mañana, después que en días anteriores habíamos visitado ya bases navales, fábricas de aviones, astilleros, nos embarcaron en automóviles y, a través del enorme puente de Oakland nos condujeron al otro lado de la bahía, horadando la niebla mañanera que la cubre, y soslayando ya la presencia de un calor estival agobiador. Ibamos a visitar Mills College y la Universidad de Berkeley. El Colegio Mills es una institución de enseñanza femenina. Allí, en la Casa Panamericana, encontramos, cordial y sonriente, a Germán Arciniegas, profesor del Colegio y antiguo amigo, quien nos explicó el funcionamiento del instituto. Después de algunas horas, fuimos a Berkeley, una de las más famosas universidades del Oeste Norteamericano. Un conjunto abigarrado de edificios, de céspedes, de jardines es lo primero que advierte el visitante. El Presidente de la Universidad, cuyo discurso de bienvenida en inglés fué entendido hasta por los que no sabían el idioma, tan clara era su dicción académica, nos recibió grave pero cordialmente. Y nos pusimos a recorrer las diversas dependencias. Escuelas, laboratorios, campos deportivos, el edificio en que funciona el periódico de la Universidad, a cargo de estudiantes, y por fin, el de la Biblioteca. Construcción severa pero acogedora, llena de luz por todos los lados, impresiona por su grandeza y silencio. Recorrimos por los depósitos de libros, por las salas del fichero, cuyos cajones abrí y cuyas tarjetas consulté, vanidosamente, para ver cuántos libros de autores apellidados Barrera existían allí. (No es del caso decir ahora lo que hallé ni la satisfacción que experimenté

en ese momento). El fichero para la consulta al público está colocado en una grande y amplia sala. Los muebles que contienen los centenares de cajoncitos en que se guardan las tarjetas, están adosados a las paredes y en la mitad de la pieza, formando callejones. Cada lector puede sacar de su sitio el cajón en que están las tarjetas de la letra que necesita, y puede llevarlo a una mesa en la que hay formularios especiales que llena con los datos de la ficha para solicitar el libro. La sala de lectores, enorme, contenía en el momento de nuestra visita, centenares de ellos, uniformados casi todos, pues los estudiantes pertenecen hoy al ejército y acuden en sus ratos libres a la Universidad, para continuar sus estudios. Es una impresión curiosa la que recibe el visitante al contemplar aquellas salas llenas de lectores soldados; le parece que el mundo ha volteado sus valores, pues el espectáculo de soldados estudiando y leyendo, no es espectáculo frecuente en tiempos de paz. Los depósitos de libros, en varios pisos seguidos del edificio, son todos metálicos: el piso de planchas de acero, los estantes igualmente, las barandillas y puertas también. De lado y lado anaquel de libros en aquellas galerías, y conservadores de libros de vez en cuando, haciendo anotaciones, removiendo volúmenes, confrontando fichas. Hay un departamento especial, el de libros raros y manuscritos. Allí nos enseñaron viejos pergaminos pontificios con rúbricas actuales de personajes desaparecidos. Allí nos mostraron mapas americanos de la época en que América no era sino una línea de costa oriental, y en los que el resto de territorio, nosotros inclusive, el Ecuador, aparecía como "regiones desconocidas no exploradas". Anexo a este departamento de libros raros, están las cámaras de proyección para paleógrafos que se dedican a descifrar viejos manuscritos. El pergamino objeto de la investigación se coloca en un proyector, y los caracteres escritos aparecen en la pantalla ampliados varios centenares de veces en su tamaño, con lo cual se ayuda a la tarea del paleógrafo, que ya no perderá su vista en tan minucioso trabajo, como sucede entre nosotros. Al finalizar la visita, alguien informó, como por casualidad, el número de volúmenes que tiene aquella Biblioteca: dos millones. El asombro fué grande entonces.

La segunda Biblioteca, fué la de Nueva York. Edificio enorme, elegante, imponente. Aquellas columnas, escali-

natas, **halls**, salas, le hacen sentir pequeño, tremendamente pequeño, al visitante. El Director de la Biblioteca nos hizo acompañar de un empleado que hablaba español para visitar todas las dependencias. Fuimos a los depósitos de libros, a las galerías de mapas, a las galerías de cuadros, a las salas de proyección para lectura de periódicos, a las salas de fichero, a los salones para lectores. En todo ello, características semejantes, pero infinitamente más grandes, de lo que ya vimos en California. Finalmente, visitamos el Departamento de Libros raros y manuscritos, protegido tan cuidadosamente como una bóveda de banco. Se abrió desde dentro la pesada puerta de acero, se corrió la reja de gruesos barrotes metálicos, y entramos en ese departamento que da la impresión de una **sancta sanctorum** de la cultura. Rápidamente vimos las filas de viejos y amarillentos lomos, entre los que creí ver algún manuscrito del P. Juan de Velasco. Hoy estoy esperando un informe de la Biblioteca para ratificar mi impresión. Los millones de libros que tiene esta Biblioteca son muchísimos, y tantos son, que mi memoria no alcanza a precisarlos hoy. El edificio es vasto, amplio, y complicado, como una ciudad. Se me informó, sin embargo, que se están estudiando los proyectos para ampliarle más todavía, pues ahora ya resulta estrecho.

(Un consejo en este momento. Un consejo igual que el que me dieron a mí: si váis a la Biblioteca Pública de Nueva York, y visitáis a su Director, no le habléis elogiosamente del Director de la Biblioteca del Congreso en Washington; no sería de buen tacto hacerlo).

Puedo deciros algo también de la Biblioteca del Parlamento en Ottawa, a pesar de que no cae dentro de los límites que me han sido señalados. Es un recinto circular, en la mitad de un edificio gótico. Las paredes están revestidas de maderas, que prolongan las superficies de los estantes. En el interior del círculo, las mesas de lectores; en la circunferencia, los anaqueles, que se prolongan hacia afuera por callejones que forman como los radios de la rueda. Por todos lados la madera de estantes y de decoraciones, sigue la línea ojival, y cada segmento de la circunferencia parece un retablo de catedral gótica. Al centro de la sala de lectura, una estatua de la Reina Victoria preside el trabajo de los lectores y la vida de los innumerables libros almacenados allí.

Y esto es todo. Estas son mis impresiones acerca de las Bibliotecas en Estados Unidos. Pocas como véis, superficiales y desiguales. Hechas difícilmente entre visitas a actividades relacionadas con la guerra.

Vosotros que asistís a este curso de Bibliotecarios, y que sabéis ya lo alta, trascendente y difícil que es la misión de las Bibliotecas, sabréis excusar la pobreza de impresiones recibidas por un periodista que viajó con celeridad impuesta, por el territorio de los Estados Unidos.

Mi palabra es de buena voluntad solamente. Y de amor por todo lo que dice relación con la vida de la cultura. En las Bibliotecas se realiza, mejor que en otra parte, la estructuración espiritual de los pueblos. Porque las Bibliotecas ayudan y guían los pasos del ciudadano, y son los ciudadanos los dueños de los países. Por eso os pido, a vosotros Bibliotecarios, que trabajéis incansablemente por el progreso de vuestras bibliotecas, que en último y esencial término, será el progreso del país.

Ese país grande que yo visité, ¿debe su grandeza a las Bibliotecas? Creo que sí. Nuestro pequeño país, no por serlo, debe tener pequeñas y pobres Bibliotecas. Si quiere resurgir, y cobrar bríos para el futuro, debe empeñarse por enriquecer sus Bibliotecas, y por ponerlas al servicio del pueblo, por regar cultura, como se riega semilla. Y vosotros Bibliotecarios, sós los sembradores de esta esperanza.